

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60, 1-6): ***Caminarán los pueblos a tu luz.***

Salmo (71, 2.7-8.10-11.12-13): ***«Se postrarán ante ti, Señor todos los pueblos»***

2ª lectura (Efesios 3, 2-3a.5-6): ***También los gentiles son coherederos.***

Evangelio (Mateo 2, 1-12): ***Hemos visto su estrella y venimos a adorarlo.***

“Periferias” es una palabra que ha puesto de moda el papa Francisco para referirse a aquellos lugares existenciales donde el ser humano se juega la vida y su sentido. La Iglesia ha de salir a las periferias, al mundo de los hombres y mujeres de hoy, con sus preguntas, al lugar de los pobres, allí donde la vida está en juego. Él lo dice con palabras rotundas, con imágenes que entiende todo el mundo y con su vida, que la gente ve con respeto y admiración. La “aldea global” de nuestro mundo está atravesada y rota por una multitud de periferias existenciales.

Desde niño admiré a los misioneros porque en ellos veía coraje, desinstalación, honestidad, entrega y fe. La gente de hoy ve lo mismo y los considera la mejor parte de la Iglesia. Valorar a estos hombres y mujeres es un modo de decir: su vida tiene credibilidad para mí, tiene valor, me dice algo... algo importante me dice, aunque yo no crea. Pienso que la Iglesia se juega (nos jugamos) el futuro con nuestra presencia en las periferias, que solo somos creíbles cuando el mundo nos ve ahí. En el presente ya sucede. Y esto no es una cuestión de estrategia y de marketing, sino de fidelidad a “la marca de la casa” al Evangelio.

El Salvador esperado resulta que no nació donde se esperaba, sino en Belén, una aldea perdida; que no estaban los que debían estar (los poderosos), sino unos pastores (los excluidos), y que no llegaron los importantes de la patria para inaugurar la salvación, sino unos extranjeros de oriente (paganos, no creyentes). Jesús nos descoloca. Él (Dios), siempre está en los márgenes. En las periferias. Nos cuesta aceptarlo; pero cuando leemos el evangelio, sin prisas, comprobamos que es así. Él, nació en los márgenes, vivió en los caminos y murió fuera de la ciudad. Desde esos lugares se hace difícil aceptar una Iglesia socialmente poderosa.

Tal vez, por eso, cuando desde “fuera” se hace crítica a la Iglesia no es porque sí, sino por mirarse a sí misma demasiado, por su incoherencia institucional, por su falta de sensibilidad y Evangelio. En las periferias se van los fantasmas del “reconocido” y del “ascenso” en el escalafón institucional. Esa es la mentalidad de funcionario. Las periferias nos sitúan en la realidad y en el Evangelio, y los fantasmas se van.

Los reyes magos le preguntaron al rey Herodes ***«¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?»***. En esta pregunta resuenan todas las preguntas de la humanidad en busca de sentido, las preguntas por la transcendencia, por Dios. Hoy seguimos haciéndonos las mismas preguntas: ¿Qué sentido tiene mi vida? ¿Por qué merece la pena vivir y luchar? ¿Hay algo o alguien más allá de lo que veo? Cuando estas preguntas tienen respuesta, aparece la luz de una estrella que nos guía en la vida. Cuando no hay respuesta, es como vivir en una noche sin estrellas.

Los reyes magos venían siguiendo una estrella, una intuición, una corazonada. Eran buscadores, querían encontrarle sentido a la vida. Y no cualquiera, sino pleno. No pertenecían al pueblo de la promesa, pero, ya sabemos, las preguntas últimas pertenecen a todo ser humano.

«El rey Herodes se sobresaltó, y todo Jerusalén con él». ¿Por qué? Porque estaban bien como estaban y no querían a ningún Mesías. Este sobresalto es el inicio de un rechazo permanente a Jesús que le acompañará toda su vida. También nosotros nos sobresaltamos cuando, dejando la mediocridad, hacemos el esfuerzo por adentrarnos en el misterio de la vida y cuando la propuesta de Jesús nos cambia el paso y los planes. Preferimos una religión acomodada a nuestros intereses, y saltamos de nuestro asiento, alterados, cuando alguien nos descubre que Jesús, el Evangelio, no es domesticable ni manipulable. Preferimos seguir igual. La llegada de Jesús siempre nos supone un cambio, una conversión.

La profecía de Miqueas anunciaba que el Mesías nacería en Belén de Judá. Belén era la patria de David, el rey en quien se cumplían las promesas; pero Belén también es símbolo de lo pequeño de este mundo. Mateo deja claro que las escrituras se cumplen en Jesús y, al mismo tiempo, nos abre la mente para descubrir al Mesías en aquellos “lugares” que no cuentan para el mundo y sus éxitos.

Jesús, el Hijo de Dios, no nació en un palacio sino en un pesebre de Belén, un pueblo pequeño de las afueras, y para darle la bienvenida no estuvieron los grandes e importantes (reyes, letrados y sacerdotes) sino unos pastores, unas personas marginadas y unos magos de oriente, unos extranjeros que no pertenecían al pueblo elegido. Dios siempre nos sorprende.